

## MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y FORMACIÓN DE IDENTIDADES CULTURALES EN EL MÉXICO GLOBAL

**Dra. María de la Luz Casas Pérez**

I.T.E.S.M. Campus Cuernavaca  
[mcasas@campus.mor.itesm.mx](mailto:mcasas@campus.mor.itesm.mx)

---

### Introducción

Los inicios del siglo XXI nos han traído como consecuencia, entre otras cosas una conciencia distinta respecto de nuestras formas recientes de comunicación y de convivencia.

Si bien los modernos medios de comunicación se desarrollaron primordialmente durante la segunda mitad del siglo XX, la presencia de las nuevas tecnologías con las que hoy en día abordamos la realidad cotidiana, nos permiten proponer que las condiciones actuales de estructuración de nuestros espacios de convivencia son radicalmente distintas. (Casas, 1998, pp. 31-32).

La comunicación tecnológica moderna ofrece a sus usuarios dos vertientes aparentemente contradictorias: por un lado la uniformidad, y por otro la diferencia.

Homogeneidad y heterogeneidad son las dos caras de la misma moneda que hoy en día se conoce como globalización, que a su vez fue resultante de los grandes movimientos integradores de los capitales de finales del siglo XIX y del siglo XX.

Una de las características fundamentales de nuestros tiempos, en nuestro país y prácticamente en cualquier parte del mundo, es que los usuarios de las nuevas tecnologías son capaces de ver los mismos programas de televisión y consumir los mismos productos, al mismo tiempo que protestan en contra de la discriminación racial o de género.

Entre diseños electrónicos y animaciones por computadora que dibujan las intenciones de grupos diversos de interés, podemos encontrar páginas del Internet que denuncian el calentamiento global, medios periodísticos internacionales que igual que reportan el nacimiento de una nueva moda que transmiten las declaraciones de un jefe de Estado, o bien conciertos de rock que proponen el reconocimiento de la diferencia indígena.

No existe sin embargo, prácticamente ninguna diferencia en la forma en que los nuevos medios nos plantean formas diversas de interacción humana. El panorama que nos plantean es amplio y diverso, pero al mismo tiempo único.

Homogeneidad y heterogeneidad se alternan dinámicamente en la construcción de las nuevas identidades colectivas. Ambas, igualdad y diferencia tienen el mismo origen, pero representan modos distintos de enfrentar un mismo proceso. Como diría García Canclini<sup>1</sup>, son parte de los imaginarios con la que la globalización trabaja y de la interculturalidad que moviliza (García Canclini, 1999, p. 30).

Incorporadas tardíamente a la constitución de lo global, sociedades como la mexicana se encuentran apenas en proceso de lograr un reconocimiento internacional, mientras que en lo interno luchan todavía por distinguir los elementos esenciales de su identidad nacional.

De hecho, la constitución de nuestra identidad como nación mexicana se encuentra ya en entredicho, y muy concretamente a partir de nuestra inserción en lo global. Hoy en día, reconocemos que no podemos escapar a la política como única posibilidad de legitimar nuestra identidad nacional y como alternativa para trazarnos un modo de vida en común, pero al mismo tiempo entendemos que las nuevas tecnologías eclipsan los límites tradicionales de la nación y nos involucran a todos en un mundo interconectado.

Así pues, desde los límites la globalidad y desde lo político, pero también desde lo cultural y lo comunicativo, las nuevas generaciones de mexicanos se acercan al reconocimiento de que las construcciones de sus identidades personales y colectivas están siendo articuladas por nuevas formas de interacción mediática. En suma, por nuevas formas de reconocernos y de definirnos a nosotros mismos.

## Los límites y las posibilidades de la globalidad

Los propósitos de la proximidad a la que nos enfrenta la globalidad son múltiples. Tenemos que aprender a vivir en nuevos espacios, compartiendo los recursos. Las reacciones ante la pobreza, la corrupción y la injusticia son siempre los motores de la diferencia de opiniones. La escasez del recurso material, la desigualdad y la marginación, entre otros efectos de la globalidad, han venido acompañados también de nacionalismos y fundamentalismos exacerbados.

Si bien no existe un modo de calificar a la globalización como la causa de todos los movimientos sociales que reivindican estas causas nobles, es un hecho que la tecnología y las nuevas formas de alcanzar la inmediatez de la información a través de los modernos medios de comunicación, permite que nos percatemos de la presencia de movimientos de recomposición de los grupos.

Sus demandas, por otro lado, nos remiten a la constitución misma de sus identidades y nos recuerdan la manera ancestral en la que fueron definidos.

Así, independientemente de la forma en la que hayan sido concebidos, los fenómenos de identidad, se remiten a factores de etnocentrismo, conciencia de clase o identidad cultural, a través de los cuales el hombre se relaciona de manera natural con los que le son semejantes, y desconfía de los que le son diferentes.

La extensión del mundo que hoy conocemos y que nos acerca a la idea de una aldea global, en principio fue posible gracias de la extensión de las actividades económicas (Casas, 1998, p. 34).

Esta consideración es vigente hoy más que nunca, en la medida en que la tecnología es responsable de transformaciones en las relaciones de intercambio y consumo entre sujetos que no cuentan con características culturales semejantes.

Dichos sujetos se convierten en objetos de relaciones que en un sentido los localiza como parte de un mismo grupo, pero en otro sentido los desterritorializa difuminando referentes tales como la lengua, la raza y el territorio, que los vinculaban a una identidad. Por otra parte, estos mismos sujetos son capaces de establecer procesos de interrelación y de comunicación sin los cuales la

identidad no sería posible.

La identidad es central para toda referencia desde y hacia la comunicación. No podemos hablar de comunicación sin hablar del concepto de identidad como un elemento de y para la comunicación. La noción de identidad permite colocar al sujeto en contexto para la comunicación.

Así, en primer término siempre estará la identidad como correlato de la unicidad, y las identidades culturales o colectivas como identificadores esenciales de grupo. Todas las otras referencias hacia lo local, lo nacional, lo internacional o lo global, se convierten simplemente en referentes para ubicar al sujeto en relación con otros.

No obstante, como dice García Canclini (1999, p. 28), en la globalización, los interlocutores de la comunicación son imprecisos, especialmente cuando se habla de los modernos medios de comunicación. "Pocas veces podemos imaginar un lugar preciso desde el cual nos hablan. Eso condiciona la sensación de que es difícil modificar algo, que en vez de ese programa de televisión o de ese régimen político podría haber otro.... Sus diseños y sus decisiones se hacen en lugares inaccesibles, por estructuras organizacionales y no por personas.

Desde esta perspectiva, uno se pregunta si la identidad es creada por una interacción consciente en la que los interlocutores aprenden del otro para fundar así nuevas estructuras de diferenciación identitaria o si, por el contrario, nuestras identidades están hoy constituidas por marcos culturales definidos enteramente por las tendencias del mercado.

El propio García Canclini se plantea la necesidad de estudiar el consumo como manifestación de sujetos, donde se favorece su emergencia y su interpelación, o se propicia o se obstruye su interacción con otros sujetos (1999, 28). Y es que en un mundo globalizado se pierde la noción del otro; se sabe de la inevitable convivencia con el resto de los ciudadanos del mundo, pero al mismo tiempo a este otro no se le tiene presente, no se le conoce.

La identidad sigue siendo el concepto central para hablar, ya sea desde la sociología o desde la psicología del yo frente a la alteridad, y en ese sentido, (aún frente a la formación de los diversos grupos sociales, aún frente a la presencia de los viejos Estados-nación),

para los sujetos sigue siendo indispensable reconocerse como diferentes de otros.

La construcción de las identidades no es más un proceso de relación por contraposición con el alter, es más un proceso de inclusión fragmentaria a partir de elementos distanciados de identificación difusa.

En la era de las nuevas tecnologías, el sujeto es ya un número en la red, una parte más de un experimento mediático, un individuo que entra y sale de los nuevos esquemas tecnológicos para su interrelación con otros, pero que ya no se reconoce a sí mismo como parte de un grupo de manera específica. Sus procesos de construcción de identidades pasan por el fenómeno de la deconstrucción simbólica para la generación de nuevos referentes poco relacionados con un entorno material, sino que más bien abstracto, es decir las antiguas identidades colectivas, se han diluido.

Gracias a las nuevas tecnologías de información, nuestro tránsito alternado entre lo local, lo nacional, lo mundial o lo global, se ha trastocado la manera misma en la que los seres humanos construimos identidades. Existen sin embargo, numerosos factores que entran en juego en la conformación de las identidades. La lucha permanente entre la heterogeneidad y la homogeneidad, la distinción y la semejanza, el sentido de individualismo y el de comunidad, siguen estando presentes para el eterno dilema de la construcción social de las identidades.

Para los Estados-nación está siendo cada vez más evidente la necesidad de crear nuevos mitos fundacionales del orden social para la construcción de identidades, incluso desde la gestión de un "nuevo orden" económico, social y cultural, planteado desde el poder. Y es que los antiguos héroes, mitos y leyendas de la unificación nacional están perdiendo vigencia frente a los embates simbólicos de la globalidad.

Así pues es que aparecen los movimientos de reconocimiento de las identidades diversas; precisamente dentro de esta globalidad que paradójicamente promulga la homogeneidad. Por ello es factible la doble la doble identidad que se presenta ante la esquizofrenia mediática, pero que inevitablemente afecta la conciencia de nuestras identidades: la del individuo-ciudadano y la

del sujeto-consumidor, ya que si bien la sociedad de la información reclama al sujeto haciéndolo individuo y explotando todas sus características distintivas, (lo cual en cierto sentido significaría garantizarle su derecho a una identidad diferenciada), la globalidad también le propone la utopía de la *gran comunidad* lo unifica y lo estandariza.

La multiplicación de los mundos posibles de la que disponemos hoy, gracias a las nuevas tecnologías, implica que los sujetos pueden habitar diferentes esferas simultáneamente, pero también implica que existe un proceso de selección de los sujetos, a través del cual cada uno construye su propio repertorio de interacciones (Albrow, 1996, p. 150).

Sin embargo, el tránsito de una esfera a otra, de lo individual a lo local, de lo local a lo regional o lo nacional y viceversa, no parece suficiente para explicar cómo podemos construir y deconstruir identidades.

Hay que hacer un paréntesis, no obstante para recordar que las ciencias sociales han registrado un viraje en el estudio de la temática individuo y sociedad. Ya no es suficiente analizar la estructura social o los agentes sociales para descubrir la mecánica de los movimientos sociales; resulta necesario retomar el concepto de la identidad y su relación con los grupos para establecer la posición relativa de los grupos dentro de una mecánica global (Albrow, 1996. p. 150).

Actualmente no basta tener conciencia histórica para mantener una identidad nacional vigente. La conciencia histórica estaba hecha sobre la base de algunos referentes que ya no existen. La pureza de las razas, los himnos, los mitos, las tradiciones. Todo ello está siendo reinventado sobre la base de una historia en la cual todas las historias se interconectan unas con otras. Hoy la historia es contada por los medios de comunicación, y la tarea de generar experiencias comunitarias está siendo más que difícil. Estamos frente a un cambio de época y de civilización. Estamos ante la gestión de nuevos discursos globalizadores y de nuevos referentes simbólicos.

Ello nos obliga a deconstruir las categorías anteriores, reconstruir y reinventar relaciones sociales y con ellas, está la deconstrucción, reconstrucción y reinención de las identidades.

## Un ejemplo mexicano de otro siglo y de otro milenio

A pocos, o no a muchos, se les había ocurrido que la globalidad estaba dejando fuera a los de siempre, a los desamparados, a los desprotegidos, a los pobres, a los indígenas. Ellos nunca fueron concebidos como parte de la modernidad, ni siquiera como prioridad dentro de las políticas públicas diseñadas por los Estados nacionales. Pese a ser sustento básico de la identidad nacional de los pueblos en los que se encuentran asentadas, dichas comunidades se perdieron completamente en el olvido (Bonfil Batalla, 1990, pp. 161-186). Estos olvidados, desprotegidos y marginados por las corrientes modernizadoras mundiales resurgió apenas a finales del siglo XX y se hizo presente nuevamente en México, gracias a los medios de comunicación.

El 1 de enero de 1994, justamente el día previsto en que México entraba a formar parte del bloque económico de América del Norte, gracias a la entrada en vigor del TLC<sup>ii</sup> el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, compuesto por unos cuantos cientos de indígenas pertenecientes a comunidades asentadas en la selva chiapaneca, le declara la guerra al Estado mexicano, reclamando justicia<sup>iii</sup>. De la noche a la mañana, este grupo se convirtió en el símbolo reivindicativo de los grupos marginados del tercer mundo y de las injusticias de la economía del libre mercado y de la globalidad. El problema rápidamente escaló a niveles internacionales, consiguiendo la atención de la opinión pública internacional y poniendo en la mira de propios y extraños las paradojas de la globalidad y las injusticias del libre mercado.

Lo anterior es un ejemplo de los nuevos procesos globales de control social, la economía de libre mercado, el flujo libre de información y la escalada de los problemas no resueltos domésticamente, pero presentados a nivel global rebasan las capacidades de los Estados nacionales. Como dice Ulrich Beck ¿quién puede establecer las normas para los Estados-nación cuando sobrepasan sus procesos políticos? (Beck, 2001, p. 67).

Las pruebas en México están por todos lados: industrias anteriormente ampliamente reguladas y controladas por los Estados nacionales, son ahora las primeras promotoras de los mercados globales: telecomunicaciones, medios de comunicación, industria del entretenimiento, alimentos, finanzas, y otras más que resultan ser vitales para los indicadores básicos del desarrollo están ahora

dentro del flujo global.

Los nuevos estándares están trastocados: desde la forma de entender el crecimiento, el desarrollo, la pobreza, el trabajo y el mercado, pasando por cuestiones de educación, salud, y por supuesto de identidad.

El nuevo cosmopolitismo global está siendo dictado por la racionalidad occidental que abrazó la tecnología como instrumento del desarrollo, generando los modelos y los nuevos patrones de relación y de aprendizaje.

A nivel de las identidades, los ciudadanos del mundo ahora se preguntan en dónde están los controles y cuáles son los referentes, cuáles los nuevos modelos a seguir. ¿Cuáles son los valores culturales que estarían siendo promovidos y cuáles estarían siendo subsumidos? En términos generales el panorama que prevalece es el de la hegemonía simbólica, en donde la información estereotipada suministrada por los medios de comunicación y los valores promovidos por éstos amplía la brecha entre la característica de los grupos y su conocimiento del otro.

Como fuentes de información, los medios de comunicación juegan un papel importante en la integración de percepciones sobre las culturas que no se conocen, de tal suerte que la experiencia cultural o intercultural directa es sustituida por referentes indirectos provenientes de periódicos, libros, revistas, radio o televisión (Fishbein y Ajzen, 1975, p. 173 y Coatsworth y Rico, 1989, pp. 117-118)<sup>iv</sup>.

Nuevamente, la paradoja increíble es pensar que en un mundo interconectando, con la posibilidad real de establecer contactos con otros, se estén presentando formas de descontextualización de la realidad cultural ajena, y se generen mecanismos de alejamiento.

La interculturalidad es vivida de manera vicaria, pero no de manera directa. Los medios de comunicación lejos de propiciar la vivencia directa, están obligando al repliegue y a la defensa de la identidad cultural amenazada. El riesgo de la segregación es mayor en tanto los componentes de la desigualdad se aceleren y el recurso por el que se compita sea finito, y en ese sentido el mundo occidental moderno está llevando los excesos en la desigualdad a un abismo peligroso.



Hay que poner mucha atención en lo que sucederá después de las grandes cumbres económicas mundiales. O buscamos entender el fenómeno de la recomposición de identidades, o tendremos que enfrentarnos a problemáticas sociales que ninguna instancia nacional podrá resolver. Beck pronostica que los desacuerdos serán mayores entre mayores sean los contrastes entre tradiciones culturales (Beck, 2001, pp. 69-70).

La lucha por la política es entonces una lucha también por la ética y por la subsistencia, por la defensa de la identidad cultural, y la presencia de los medios de comunicación es el nuevo catalizador de los procesos. “Al lado de la tolerancia y el disfrute de la diversidad crecen la exclusión y la xenofobia (Beck, 2001, p. 71), lo cual habla de la cualidad multiétnica de la sociedad global y de la necesidad de la recomposición de los fenómenos de referencia.

Ello implica la necesidad de la reconstrucción de los Estados; implica la revaloración de las nuevas estructuras sociales; obliga a la reivindicación de las identidades; reconoce nuevas necesidades en los sujetos e implica el análisis de las nuevas estructuras sociales en gestación.

Los medios se están convirtiendo en las nuevas arenas públicas transnacionales que están llevando a la discusión los asuntos globales, pero también las discusiones locales.

En la era de la globalidad, aún una minoría débil o perseguida tendría voz y legitimidad gracias a la atención de los medios masivos. Conectarse a Internet no genera de suyo ciudadanos globales, pero sí pone en contacto a sujetos con realidades diversas, como bien lo demostró el EZLN en Chiapas, México el 1 de enero de 1994.

En Chiapas se conjugaron de manera evidente numerosos símbolos mundiales creados de manera imaginaria en los últimos años: el símbolo cultural étnico que resurge de la muerte y el olvido; la afirmación de la mujer negada como símbolo de emergencia; la participación de la sociedad civil –no sólo mexicana sino amplia e internacionalizada- que normalmente se organiza en torno a problemas públicos (Castoriadis, 2001, 13), lo cual permitió abrir de nuevo la polémica en torno a la discusión y la participación de los sectores sociales relegados. Castoriadis mismo reconoce que si bien el futuro de la política en la era de la globalidad deberá estar

basado en una participación amplia, la pregunta básica sigue siendo la forma de crear de condiciones de mayor equidad a pesar de la desigualdad.

Por otra parte, la participación tiene una serie de vías, pero también una serie de aristas: el hecho de que las nuevas tecnologías y los medios de comunicación en particular hayan hecho visible el conflicto indígena, no necesariamente ha promovido la participación ciudadana, sino que ha logrado una sociedad de espectadores televisivos, víctimas de un fuerte letargo que no de ciudadanos activos.

La coexistencia plural de modos de ver y de interpretar la realidad ha sido entonces en gran medida producto de los distintos vehículos de transmisión de significaciones, y en este sentido los medios de comunicación han funcionado como aglutinadores de estos referentes simbólicos con otros como el concepto de identidad y de nación.

El mundo que se presenta ante nosotros, como diría Castoriadis, está indisolublemente tejido a lo simbólico, aunque no se agote en ello. La realidad como la conocemos está pues atada a una red simbólica dentro de la cual se ubican los grupos y las instituciones. La realidad como la conocemos está pues atada a una red simbólica dentro de la cual se ubican los grupos y las instituciones.

### **¿Deconstruir, construir o reconstruir?**

En México los acontecimientos de los últimos años han venido a trastocar no solamente las estructuras políticas y la emergencia de nuevos actores sociales sino que han venido a acelerar procesos de recomposición de la identidad. Los procesos de apropiación del cambio y de las transformación se han acompañado por la emergencia de nuevas propuestas de nación, pero también de movimientos importantes de resistencia cultural. (Casas, 1996, pp. 71-72).

La cuestión indígena puso en juego muchas cosas, no solamente el proyecto nacional, sino también los peligros de la globalización. La identidad de los verdaderos mexicanos se vio amenazada por el México moderno, y de cara al siglo XXI, el sistema político mexicano se tuvo que enfrentar al viejo dilema de siempre, gobernar en la desigualdad.

El cambio democrático también enfrentó al país a otras discusiones sobre la identidad. Durante años, los medios de comunicación se empeñaron en mostrar una imagen uniforme de México: un México que se movía de manera lenta pero segura hacia el desarrollo. De pronto, las realidades fueron otras. La apertura en la información que se sobrevino a la caída del régimen Priista destapó una realidad que pocos mexicanos querían ver: pobreza, marginación, delincuencia e intolerancia.

La alternancia en el poder trajo también como consecuencia una variedad de opiniones, una nueva relación entre los medios de comunicación y el poder político, y problemas en los distintos imaginarios de país que se presentaban ante la sociedad.

Los medios de comunicación, encandilados frente a la posibilidad de una apertura irrestricta de información, dieron rienda suelta a un desempeño abierto pero en ocasiones poco ético. Los ciudadanos, lejos de ser considerados como tales, y dentro del propio marco de la comercialización de la información comenzaron a ser tratados como consumidores. La pluralidad como posibilidad de expresión de opiniones diversas fue abandonada a los excesos, de manera que muy pronto, los ciudadanos nos vimos inundados de visiones distintas de nuestro país que comenzaron a conformar una visión esquizofrénica de nuestra propia identidad.

En México por tanto, en los últimos años nos hemos visto sometidos a un doble proceso de construcción y deconstrucción de nuestra identidad. En primer término porque durante buena parte de nuestra historia, las instituciones, entre las que se encontraron la familia, la iglesia, la escuela y los medios de comunicación, se encargaron de construirnos una identidad nacional que permitiera la cohesión nacional y la operación del aparato estatal; y en un segundo momento, en el que debido al quiebre del sistema político y de su relación con los medios de comunicación, se vino abajo esa construcción imaginaria de la identidad, lo cual nos obligó a deconstruir sus elementos y tratar de generar nuevas identidades sobre la base de otros.

El reconocimiento del otro, como alguien no diferenciado, muy distinto al imaginario moderno al que las clases medias y altas aspiran para este país nos remite a una recomposición de la cultura.

Nuestros sistemas culturales han sido obligados, en cuestión de

unos cuantos años a recomponerse: por un lado han sido obligados a ejecutar un cambio de ritmo para entrar en una temporalidad diferente: la que marca la globalidad, la que marcan los ritmos de la economía del mercado, y por otro, a reconocer en su historia nuestras raíces y nuestros orígenes milenarios. La globalidad misma y todos sus universalismos y estandarizaciones están en juego. Los mexicanos nos vemos por tanto enfrentados a una identidad múltiple.

Las propias nociones de convivencia armónica, de tolerancia, de madurez política se ponen sobre la mesa de la discusión, pero poco podemos hacer para estrechar el tejido social si no podemos ni siquiera reconocernos a nosotros mismos.

El pasado, nuestra memoria histórica, nuestros valores y nuestras costumbres tienen que ser reconceptualizados con el fin de proponernos un presente. Debemos deconstruir para volver a construir imaginarios mucho más incluyentes de la diversidad, y aunque parezca contradictorio, que también reconozcan la existencia de la globalidad.

El proceso de deconstrucción debe ser obtenido por la vía de la oposición conceptual entre identidad y resistencia cultural. Debemos analizar cuáles son las alternativas de la diversidad frente a la homogeneización que reclama un mundo globalizado; por lo tanto, es necesario hacer una revisión de realidades que coexisten.

La identidad nacional pues debe ser revisada para incluir a otros grupos, a otras expresiones políticas y culturales. Es pertinente reconocer que así como el nacionalismo se enfrenta a las exigencias de la modernidad, la identidad nacional se opone a la resistencia cultural, considerada ésta última como el movimiento de oposición ante procesos de transformación social implementados desde la cúspide. La resistencia cultural es el signo más reciente de reclamo hacia las promesas incumplidas de la modernidad, hacia las arbitrariedades del centralismo político que inhibe el desarrollo autónomo de las estructuras sociales y hacia los procesos no completados de democratización (Casas, 1996, p. 75).

El 28 de marzo del año 2001 se enfrentaron cara a cara dos Méxicos. El México indígena y el México moderno. Cuatro de los once canales de televisión abierta visibles en la Ciudad de México transmitieron durante más de cinco horas el mensaje doble de la igualdad frente a la diferencia. En la voz indígena, dos identidades

distintas se colapsaron en una ante el mensaje homogéneo de los medios de comunicación. Dijeron las voces de nuestros ancestros:

Hoy queremos darles a saber, ante esta Cámara de Diputados y Senadores y ante el pueblo de México y el mundo, que cuando se acaben las mesas que faltan de democracia y justicia, la de bienestar y desarrollo, la mesa especial de derechos de la mujer y se cumpla lo que acordamos en estas mesas que faltan, nosotros decimos que ahí se acaba el diálogo porque resuelve las causas que empezaron en 1994. (Comandanta Esther. Ejército Zapatista de Liberación Nacional).

El reconocimiento de la diferencia y su propia inserción a un proyecto de nación estaba frente a frente con la inserción de México a la globalidad.

Se hablaron más de veinticinco voces en diferentes lenguas indígenas frente a los medios de comunicación, pero aún así era evidente la imposibilidad del entendimiento. La tecnología nos acercó a la otra cara de nuestra identidad, y en ella vimos la diferencia.

La multiculturalidad simplemente no era compatible en nuestro país después de décadas de haber pugnado históricamente por la unicidad de la identidad nacional.

México se debatía ante una realidad, que además estaba siendo vista por los ojos del mundo. Somos un pueblo con carencias, pero éstas pueden ser resueltas. Lo que es más grave es que somos un pueblo que no se conoce a sí mismo, no sabe quién es. No sabe que durante siglos ha convivido con otros que tienen muy claro lo que son y lo que quieren ser:

Los pueblos indígenas queremos vivir con nuestra lengua, con nuestro color, con nuestra agua, con nuestro río y nuestra montaña, con nuestro vestido, con nuestra cosmovisión, así como somos.

No queremos dejar de ser mexicanos sino ser parte importante del fortalecimiento del país, nunca hemos querido poner en peligro su unidad y soberanía, al contrario, hemos sido defensores de nuestra Patria y lo seguiremos siendo. (Adelfo Regino. Representante del Consejo Nacional Indígena)

La televisión y los medios gráficos mostraban un mosaico multicolor y esquizofrénico de iconografía nacionalista. Por un lado, la vestimenta típica de los comandantes indígenas hablando en el podium de la más alta tribuna del país, los pasamontañas y el protocolo legislativo, por otro la bandera nacional, y al final de la alocución indígena, un sonoro "¡Con los pueblos indios viva México!" seguido por el Himno Nacional.

Si el mundo entero estaba observando el proceso, se habrá percatado de que sólo en México es posible la coexistencia de mundos aparentemente irreconciliables. A nivel global, nuestro país dio cuenta de lo que significa tener en su seno un conflicto local cuyas reivindicaciones son universales. ¿Qué más prueba puede haber de que lo global y lo local coexisten?

¿Qué evidencia más plena puede haber de la necesidad de la deconstrucción y reconstrucción de lo nacional y de lo identitario? Términos como soberanía, autonomía, gobierno, nación, país, etc., fueron súbitamente puestos en duda. Su cuestionamiento fue tal que probablemente en la jerga política de nuestro país, y quizás de otras latitudes se comience a hablar más en términos de reconocimiento y colectividades.

Lo que pudimos articular fue la presencia de un auténtico movimiento de transformación para el cambio. El Estado nacional cambió para permanecer y la figura de la identidad nacional hubo de recomponerse, obligada por las exigencias de una cultura milenaria, que pugnaba por redefinirla. Una cultura que es la auténtica fuerza transformadora de la sociedad, y que por lo tanto, es cambiante, que articula los verdaderos procesos de transformación y de cambio y que se opone los designios verticales del Estado, constituyéndose en auténtico mecanismo de resistencia cultural. (Casas, 1996, p. 76)

Hoy en día podemos asegurar que frente a nuestros ojos se están dando procesos de transformación irreversibles. El reconocimiento y la presencia de grupos anteriormente marginados de los proyectos nacionales, que entre otras cosas teniendo a la tecnología y a los medios de comunicación como testigos, están logrando abrirse un espacio a la participación política, pero no sobre la base de las estructuras establecidas por el sistema, sino de manera paralela, subvirtiendo esquemas, alterando las reglas y logrando su inserción en el imaginario político y social de la ciudadanía.

Los grupos indígenas demostraron que podían hacer la revolución, pero no una revolución armada, sino una revolución ideológica asistida por la tecnología.

### Como conclusión

Cuando en un momento determinado en la vida de una sociedad, se empiezan a desplegar procesos que no existían anteriormente, es momento de preguntarse si no se daban porque no existían los mecanismos para ello, porque el contexto es diferente, o si esos procesos están siendo visibles porque aparecen nuevos mecanismos que permiten que en este momento se pongan de manifiesto.

Estamos frente a sociedades que comienzan a manifestar procesos y comportamientos que nunca antes habían desplegado. ¿Son esos procesos consecuencia de los movimientos de globalización que sufre el planeta entero ¿son parte del fin de siglo y del fin de milenio? ¿Corresponden dichos procesos de cambio a un punto natural en la evolución de dichas sociedades? ¿O están siendo detonados por los mecanismos de difusión de información de los que disponemos hoy en día, llámese nuevas tecnologías de comunicación?

Nuestra propuesta es que no existe una causa única de las transformaciones en la conformación de identidades, pero sí existen tendencias más o menos previsibles hacia donde se dirigirán dichos procesos.

Coincidimos con Margulis en el sentido de que existen en cada sociedad códigos culturales superpuestos, tramas de sentido que tienen diferente alcance espacial, que están en constante cambio y transformación, sumidas en procesos de cambio y en luchas por la constitución e imposición de sentidos, que se arraigan en la dinámica social (Margulis, 1997, pp. 41-42).

En última instancia, la dinámica social es la que está definiendo esa imposición de sentidos, y en la lógica de la globalización, ese sentido está dado por el eje económico. Eres en la medida en que contribuyes y en la medida en que consumes. Por eso los patrones y conceptos anteriores que vinculaban a las identidades con utopías nacionalistas ya no tienen ningún arraigo en el mundo de la globalidad.

La globalidad tiende a proponer patrones estandarizados de conducta, las manifestaciones de lo local se le oponen y buscan la diferencia. La globalidad establece a la economía el eje de los procesos olvidando que, de suyo la cultura es la urdimbre que articula a de los conglomerados sociales.

La identidad y la generación de identidades constituyen un movimiento circular que reconoce esencialmente la diferencia.

Frente a la globalidad las identidades se desdibujan, pero ante la posibilidad de la exclusión o la exterminación definitiva, las identidades se robustecen.

### Bibliografía

- Albrow, Martin. (1996). The Global Age. Stanford University Press
- Beck, Ulrich. (2001) "Democracia global" en: Metapolítica. Vol. 5 abril-junio
- Béjar, Raúl y Héctor Rosales (Coordinadores) (1999). La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Colección Umbrales de México. Cultura y Sociedad. México, Siglo XXI Editores, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Ciencias y Humanidades
- Bonfil Batalla, Guillermo. (1990). México profundo. Una civilización negada. CNCA/Grijalbo
- Casas Pérez, María de la Luz. (1996). "Democratización y cultura en México. Modernización, identidad nacional y resistencia cultural". Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. Año XLI. Número 166 octubre-diciembre
- Casas Pérez, María de la Luz.(1998)."Consideraciones metodológicas en torno a la globalización y la comunicación". Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. Año XLIII Número 171 enero-marzo
- Castoriadis, Cornelius. (2001). "Visiones sobre el México finisecular". En: Metapolítica. Vol. 5. Núm. 18. Abril/junio
- Coatsworth y Rico. (1989). Imágenes de México en Estados Unidos. México, Fondo de Cultura Económica



Fishbein y Azjen.(1975). Belief, attitude, intention and behavior: An introduction to theory and research. Addison-Wesley Publishing Co.

García Canclini, Néstor (1990). Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. CNCA/ Grijalbo

Giddens, Anthony. (2000). Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas. Editorial Taurus

Huntington, Samuel P. (1996). The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order. Simon and Schuster

Margulis, Mario y Marcelo Urresti. (Comps). (1997).“La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural”. Oficina de publicaciones del CBC. Universidad de Buenos Aires.

Mattelart, Armand. (1997). La comunicación mundo. Historia de las ideas y de las estrategias, México, Siglo XXI

<sup>i</sup> Néstor García Canclini ha hablado en numerosas ocasiones de la globalidad, y de su conjunción con lo local.

Su última obra sobre el particular es: Néstor García Canclini. La globalización imaginada. Editorial Piados,1999. Una entrevista muy interesante sobre el particular ver: Catalina Galla y Marta Rizo, “hay que reconocer la diferencia y ver qué se puede hacer con ella” en Portal de la Comunicación. Institut de la Comunicació de la UAB. Universidad de Barcelona, 2001. en:

<http://www.blues.uab.es/olympic.studies/portal/122641/entre/canclini/canclini.pdf>

<sup>ii</sup> Tratado de Libre Comercio de América del Norte

<sup>iii</sup> La declaración de guerra del EZLN se llevó a cabo el 1 de enero de 1994 en San Cristóbal de las Casas, Chiapas en México.

<sup>iv</sup> Fishbein y Azjen y Coatsworth y Rico hablan alternadamente del papel de los medios de comunicación como vehículos alternativos de experiencia y de obtención de información. Ver por ejemplo: Fishbein y Azjen. Belief, attitude, intention and behavior: An introduction to theory and research. Addison-Wesley Publishing Co., 1975. Pág. 133. y Coatsworth y Rico. Imágenes de México en Estados Unidos. Fondo de Cultura Económica, 1989. Pág.117-118.